

Parir sin miedo

El legado de Consuelo Ruiz Vélez-Frías

Editorial OB STARE

Parir sin miedo

El legado de Consuelo Ruiz

© M. Àngels Claramunt (por la edición de los textos)

© Ana Álvarez-Errecalde (por la fotografía de la cubierta)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro ni su tratamiento informático ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o por fotocopia, o mediante otro método sin permiso escrito previo de la Editorial OB STARE. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Editorial OB STARE (para esta edición)

Apdo. de correos 122

Tegueste 38280. S/C de Tenerife

Obstare.com | obstare@obstare.com

ISBN: 978-84-944931-1-9

Índice

A Consuelo Ruiz Vélez-Frías, en justo homenaje
Consuelo, revolucionaria
Descubriendo a Consuelo
Al lado de Consuelo Ruiz
Confesiones sinceras
Un poco de historia
Lo lógico y lo ilógico
Carta abierta al obstetra del s.xxi
Los enemigos del parto en casa
¿Qué es la psicoprofilaxis?
Sin miedo y con amor, Consuelo ejerciendo. Testimonios
Recapitulando, ¿en qué me he equivocado?
Consuelo, poetisa

Nota editorial: la Editorial OB STARE agradece la colaboración y entrega desinteresada de Natalène Suanzes, M. Àngels Claramunt, Emilio Santos y Jesús Sanz. Igualmente, agradece a las personas que han aportado sus testimonios y fotografías sobre la atención que Consuelo les brindó durante la preparación y asistencia al parto.

Gracias por haber hecho posible que este proyecto salga a la luz lo más parecido a lo que tanto Consuelo enseñó: con Amor.

A Consuelo Ruiz Vélez-Frías, en justo homenaje

M. Àngels Claramunt Armengau

Se definía como un Quijote luchando contra los molinos de viento. Era una mujer bajita y delgada, de ojos vivarachos y voz aguda. No tuve la suerte de conocerla personalmente, pero me llegaron noticias suyas pocas semanas antes de su muerte. De la mano de Emilio y Natalène, sus acompañantes en sus últimos años, sus discípulos, conocí a este portento de mujer. Me interesó todo de ella, y este interés ha ido en aumento sin cesar a medida que iba conociendo más detalles de su vida, de su legado.

Su máxima era apelar a la inteligencia. Ella se declaraba feminista «en el buen sentido de la palabra». Denunciaba a menudo el trato vejatorio que recibían las embarazadas: estire la pierna, muévase hacia aquí, hacia allá... sin darles explicaciones, como si fueran un perrito, ejemplificaba Consuelo. Extremadamente clara y didáctica.

No se cansó nunca de clamar por el derecho que merecen las mujeres de recibir explicaciones, de tomar la responsabilidad de su propio parto, que nadie decida por ellas. Su objetivo principal en la preparación al parto era que las mujeres salieran sabiendo más de lo que sabían y con sentido de la responsabilidad en ese maravilloso proceso.

Es justo y necesario que se la conozca, que sus escritos salgan a la luz, sus palabras. Sus enseñanzas son absolutamente vigentes. Todo lo que denuncia es lastimosamente actual, todo lo que explica de un modo tan didáctico, absolutamente necesario, aún.

Consuelo me cautivó tanto por lo que escribía como por cómo lo hacía: su estilo claro y directo, sus comparaciones extremas, ilustrativas, su ironía, sus ejemplos; tan fuera de lo común; su gracia para la poesía, su extensa cultura. Fue una mujer lúcida; una mujer sabia que le tocó vivir en una época de dureza extrema y aún así se dedicó en cuerpo y alma a los demás; a mejorar la vida reproductiva de la mujer, a abrirnos los ojos.

Mis criterios de edición han sido ordenar los escritos de manera que resultaran amenos y que el/la lector/a mantuviera el interés por cómo transcurrieron los avatares de su vida y de la vida del país; hay datos históricos valiosísimos en sus papeles, también he pretendido respetar al máximo la versión original de la autora, haciéndome ver, como editora del texto, lo menos posible.

Espero y deseo que este merecido homenaje sea una contribución más a reconocimientos futuros. Consuelo Ruiz Vélez-Frías debe figurar entre los más grandes nombres de la obstetricia de este país.

M. Àngels Claramunt Armengau es profesora de Lengua Catalana, escritora, miembro del Grupo de Apoyo a la Lactancia ALLETA, cofundadora del foro «Superando un aborto» y doula. Ha recopilado, corregido y ordenado los textos de Consuelo que aquí se publican.

Consuelo, revolucionaria

Emilio Santos Leal

Estaba yo sentado en décima fila, excitado sin tregua en aquel congreso único, el congreso que más he disfrutado de toda mi vida. Acababa de hablar una ponente tremendamente interesante, tan interesante y tan emotiva como todos los anteriores; estábamos todos aplaudiendo desafortunadamente e iba a empezar el turno de coloquio. ¿Iba a empezar? No.

Había empezado ya, pero no abierto, como se esperaba, por la moderadora, sino abierto de forma espontánea por aquella vieja re-funfuñona que se había levantado de su silla de ruedas para hablar apasionadamente contra la ponente.

Entre los aplausos a la ponente iba emergiendo paulatinamente su voz. Y los aplausos se iban apagando. Con una debilidad física aparentemente severa, pero con una energía verbal arrolladora, se puso a despotricar contra la maravillosa ponente; y de paso contra todos aquellos profesionales que estábamos allí tan unidos, tan camaradas.

Sabíamos todos que estábamos en el camino. En ese congreso nos habíamos descubierto los unos a los otros, así lo sentía yo. Claro que... yo lo sentía diferente a aquellos profesionales que llevaban ya

tantos años luchando por esta causa. Estábamos todos emocionados por las cosas que se estaban diciendo. Todos sin excepción estábamos con las lágrimas a punto de correr en todas y cada una de las conferencias. Era tan verdadero lo que allí se estaba diciendo... era tan opuesto a lo que piensa la medicina... era tan opuesto a lo que piensa la mayoría de la gente... y los allí presentes lo veíamos tan obvio... que nos sentíamos todos en una complicidad única, creyéndonos que de aquí saldría algo muy importante que iba a cambiar el mundo.

Y, sin embargo, ante una charla tan bonita, tan profunda y tan sincera que acababa de pronunciar aquella matrona... aquella vieja gritona, que pensaba como nosotros y que era de las nuestras... estaba gritando contra la ponente, y estaba gritando contra todos nosotros.

Pues bien, los profesionales que estábamos allí éramos los héroes y heroínas que contra un sistema adverso dedicaban su vida a la causa de poner las condiciones para que las mujeres pudieran parir con dignidad, con placer, con confianza... sin medicalización, y también los profesionales que aunque aún no hacíamos nada profesionalmente en ese sentido, compartíamos la causa y que en ese momento estábamos tomando la firme decisión de que nos íbamos a dedicar a ello a partir de ese momento.

En ese congreso había también madres y algún padre que contaron sus bellas experiencias de partos respetados y de crianzas libres. Había también algunas madres que contaban la frustración de sus dolorosas experiencias hospitalarias.

Se trataba del I Congreso de la Asociación «Nacer en Casa», que tenía lugar en Jerez de la Frontera. Era otoño del año 2000. Una amiga mía, matrona, Cristina, de Valencia, donde yo me encontraba terminando mi especialidad de Psiquiatría, me había informado de que existía ese congreso. Yo me había quedado impresionado cuando vi el programa e inmediatamente me matriculé.

Allí conocí a los maestros del parto respetado y a defensores de la mujer: Montse Catalán, Jesús Sanz, Ángeles Pérez, Isabel Ville-

na, Maite Gómez, Mercedes Serrano, Casilda Rodríguez... Y conocí también a sabios extranjeros: Beatriz Smulders, Michel Odent, Mardsen Wagner... Todos me impresionaban con sus ponencias brillantes.

Y aquella vieja, fuera de programa, nos estaba echando una bronca. Se puso a gritar que lo que allí se decía era muy bonito, pero que no había derecho a que una mujer tuviera que pagar dinero por ello. Parecía que se iba a caer muerta en cualquier momento de la conversación. Parecía que estaba dando su vida para dar aquel mensaje. A nosotros, que nos considerábamos los buenos, los sabios, los revolucionarios, los héroes... nos estaba echando la regañina propia que sólo una mujer de su autoridad ganada se podía permitir.

Nos estaba diciendo también que la que pare es la mujer y no el profesional, por muy defensor del parto natural que sea. Nos estaba diciendo que muchos profesionales del parto en casa van, y en la casa quieren realizar los mismos juegos de intervencionismo que se hacen en el hospital. Nos estaba echando una bronca tremenda a muchos de los que estábamos allí.

La moderadora de la mesa estaba nerviosa y no sabía cómo parar aquel carro arrollador que iba sin freno. Le decía: Sí, Consuelo, si tienes razón, pero tranquila. Calla Consuelo. Pero Consuelo, que tú hablarás mañana en tu ponencia, tendrás tu turno para hablar. Consuelo, que te queremos y que por eso eres la presidenta de nuestra asociación... pero calla ya. ...Y aquella vieja no callaba.

Consuelo había ido allí a hablar. Natalène Suanzes la llevaba en la silla de ruedas y permitió durante aquellos años que Consuelo pudiera seguir haciendo lo que Consuelo más quería hacer en esta vida: hablar.

Después sería yo el que tomara el relevo de Natalène en el cuidado de aquella vieja: en 2003 vine a Madrid y comencé la especialidad como médico de ginecología.

La gente pensaba que yo era muy buena persona porque me hacía cargo de Consuelo. No era así: Consuelo y yo teníamos una rela-

ción de socios. Consuelo había participado en la guerra civil española y Consuelo entendía la vida en términos pragmáticos y en términos de lucha. Consuelo defendía la feminidad de la mujer, pero su vida era una lucha por un ideal y se expresaba en términos de guerra: como los hombres.

Y, aunque mi carácter no es beligerante, sino, por el contrario, conciliador, yo entendía muy bien su lenguaje. Yo sabía que bajo aquella actitud exigente había una persona que necesitaba amor. Pero así todo, Consuelo y yo, más que amigos, éramos socios en una empresa. La empresa tenía por objeto ayudar a tener un parto disfrutado a aquellas mujeres que así lo quisieran. Consuelo hacía la preparación psicoprofiláctica del parto, en su casa, muy bien estructurada en siete sesiones. A Consuelo era a quien llamaba la embarazada cada vez que tenía una duda sobre vómitos o dolor. Y a Consuelo era a quien llamaba la embarazada cuando se ponía de parto: el marido de la parturienta iba a buscarla y, con la silla de ruedas en el maletero, llevaba a Consuelo al barrio de Argüelles o al de Mirasierra o al Escorial o a Valdemorillo. A cualquier rincón de la comunidad de Madrid. Si la parturienta estaba en Sevilla, Consuelo aportaba su sabiduría en una asistencia al parto por teléfono.

A mí me llamaba Consuelo cuando la parturienta entraba en una fase del parto en la que Consuelo pensaba que podían hacer falta unas manos. Y ésa era toda mi aportación. Bueno, sí: yo aportaba también el título de médico a nuestra empresa. Consuelo me enseñó mucho en esos años. Sin duda, a Consuelo debo (porque no creo en la suerte) la satisfacción de ninguno de los partos que atendí con ella en casa ni ninguno de los partos que atendí después de haber ella muerto, acabó en cesárea. Porque Consuelo me enseñó muy bien quiénes son «los cuatro enemigos del parto». Me enseñó, con la ciencia en la mano, cómo reconocer a cada enemigo y cómo matarlo.

Descubriendo a Consuelo

Natalène Suanzes

El libro que tienes en tus manos es parte del valioso legado que nos ha dejado Consuelo Ruiz Vélez-Frías, una mujer comprometida, pasional, y polémica que se propuso destruir las supersticiones sobre el parto y averiguar por qué a unas mujeres les dolía, y a otras, no.

Independiente. Muy crítica. Con un gran sentido común. Escandalosamente lucida. Sin pelos en la lengua. Insobornable e incansable.

En 1955 escribió «Parto sin dolor», y desde entonces dedicó su vida a predicarlo, a preparar a mujeres y profesionales y a defender que la profesión de Comadrona debía mantenerse independiente de la Medicina.

Con enorme frustración, vivió la transformación de las maternidades en hospitales, y de las comadronas en enfermeras obstétricas; a pesar de ello aseguraba que si volviera a nacer quería ser de nuevo comadrona para seguir defendiendo lo mismo, que el dolor en el parto tiene unos motivos que pueden evitarse.

La conocí en la Navidad de 1996 en un programa de Pepe Navarro; impresionados por sus palabras, muchos y muchas la buscamos

y dimos a su vida un nuevo impulso en un momento en que comenzaba a sentirse prisionera de su cuerpo y de su casa.

Grabé en vídeo durante muchas horas su preparación al embarazo, parto y crianza. En monólogo, yo con los ojos como platos, sin abrir la boca. Me convertí en su discípula, su bastón, su secretaria, su promotora y amiga. Varias parejas aceptaron su ofrecimiento de hacer la preparación y participé como observadora grabando las sesiones y el seguimiento del parto y de los bebés. Nos convertimos progresivamente en inseparables, su causa se convirtió en la mía. Tés en su casa, clases, congresos, charlas, partos, siempre dispuesta a desplazarse, incluso en silla de ruedas, a los lugares más recónditos, para una persona o para doscientas, pobres o ricos. Su objetivo: anular el miedo al parto, devolver a las mujeres la dignidad y el placer de ser mamás.

Sus intervenciones en todos los contextos eran magistrales, brillantes, las más aplaudidas.

Tenía la sensación de que todos la apaudían mucho pero después no hacían caso, y un poco tenía razón. En cuanto a las comadronas, no le hacían caso en todo. Las formadas en la Escuela de Santa Cristina, porque tuvieron que adaptarse a los nuevos tiempos; las enfermeras obstétricas, porque recibían una formación muy diferente, y las matronas de parto en casa, porque sienten que lo saben todo. Quizá para quitarle importancia, la llamaban «Consuelito, la Matrona de los Congresos».

Los primeros partos que seguí no fueron atendidos según sus recomendaciones, y la convencí de que buscáramos a una «comadrona-discípula» y volviera a asistir partos para poder comprobar si se podía o no parir dulcemente y sin dolor.

Primero llegó Pedro, y después tomó el relevo Emilio. ¡Qué suerte tuvimos!

Para Consuelo fue duro, media vida tratando de defender el parto de los médicos y los psicólogos y tuvo que conformarse con nosotros, cuando lo que ella quería eran comadronas. Fueron unos años muy

productivos en la vida de Consuelo, pasaba muchas, muchas horas ante su máquina de escribir, incluso cuando ya no podía llegar sola hasta ella, que ya era un ordenador. Conseguimos publicar varios artículos en 'El Mundo', 'El País', 'Crecer Feliz', y la «Cartilla para aprender a dar a luz», editada en 1998 por la Editorial Talasa. Desde este espacio, agradezco a la Editorial Talasa y a la Clínica Acuario la confianza que depositaron en este proyecto.

Formamos la Plataforma Pro Derechos del Nacimiento, y ahí descubrí un posible defecto de la democracia: en las votaciones, todos los votos valen lo mismo, pero Consuelo era una Sabia. Gracias a ella me relacioné con matronas, ginecólogos y mamás, e hice un estudio comparativo (aún sin publicar) sobre parto hospitalario y parto natural. Pregunté a los profesionales, entre otras cosas, por qué dolía el parto, y me escandalizó que no se lo hubieran preguntado seriamente, aunque la mayoría afirmaba haber atendido a alguna mujer sin dolor, y dieran respuestas como que la cabeza del niño es grande, que lo dice la Biblia, que la vagina es estrecha o porque tiene que doler.

Pude comprobar personalmente que su preparación ¡funciona!, y también que el hospital no es tan bueno como se cree. No es necesario todo ese instrumental que parece que defiende del dolor y de peligros innumrables. Es necesario que nos comportemos como mujeres inteligentes y no como niñas asustadas que se entregan sin saber.

Comprobé que el tipo de parto y crianza que Consuelo predica hace que las mujeres se recuperen más rápidamente del embarazo y el parto, con mayor seguridad en sí mismas y mejor autoestima, y que los bebés se desarrollan con menos enfermedades y más rápidamente en cuanto a habilidades motoras y de comunicación, siendo especialmente empáticos.

Creo, como Consuelo, en la propia casa como el lugar más adecuado para el nacimiento, aunque es clara la necesidad de que haya partos naturales en los hospitales.

Tras la muerte de Consuelo se han producido muchos avances, pero tienen que producirse muchos más. Avances internos. En todos los ámbitos. Consuelo no tuvo homenaje tras su muerte el 18 de noviembre de 2005 por la falta de acuerdo entre varias asociaciones de profesionales del parto natural, preferimos esperar. En vez de competir, colaborar. En todos los ámbitos.

M. Àngels ha seleccionado, transcrito y secuenciado estos textos ofreciendo una visión general y muy acertada de Consuelo, probablemente la más «revolucionaria». Fui testigo del proceso de muchas de las familias del apartado Testimonios.

Consuelo Ruiz Vélez-Frías merecería ser reconocida como Feminista de la Diferencia, además de como Poetisa e importante Comadrona.

Los escritos de Consuelo son Patrimonio de la Humanidad.

Su objetivo vital ha sido recuperar el parto como una función saludable y la maternidad sin miedos y con gozo. Así sea.

Juzgad vosotros mismos.

29 de septiembre de 2008.

Natalène Suanzes es psicóloga.

Al lado de Consuelo Ruiz

Jesús Sanz

Consuelo Ruiz Vélez-Frías nació en Madrid; dice que su primer escrito, en 1917, fue desastroso. Dice ella que su buena madre le enseñó, antes de morir, a «arreglar cosas». Y, con el paso de los años, se dispuso a «arreglar» el parto. Después de las penurias de la Guerra Civil, que para ella no fue sino un golpe militar apoyado por el Fascismo internacional, estudió la carrera de matrona.

Trabajó como matrona desde 1950 hasta 1984, fecha de su jubilación forzosa.

Cuenta que antes nunca se consideró el parto como una enfermedad, por lo que jamás se asistió en los hospitales, sino que había unos establecimientos, las maternidades, donde se asistía a las embarazadas que no disponían de un hogar adecuado o que ni siquiera tenían un hogar. En las maternidades no se admitían enfermos, ni en los hospitales, parturientas.

Dice Consuelo que antes se paría, se comía, se padecían y se curaban las enfermedades en casa; a veces, incluso, se trabajaba en casa, en casa se divertía cada familia a su gusto...

Había muy pocas cosas que obligaran a salir de ella: una grave operación quirúrgica, una corrida de toros, una función de teatro, una excursión, una romería, etc. Pero la mayor parte de la vida transcurría en el hogar.

Hasta la última y definitiva actividad humana, morir, transcurría en el hogar, y en cualquier actividad la compañía de familiares y amigos estaba asegurada, para reír o para llorar juntos.

En la vida moderna, la casa es sólo el lugar donde se duerme, se lava y se viste uno, donde todos están de paso y donde, a veces, la reducida familia son verdaderos desconocidos, y los acontecimientos más importantes, el alfa y el omega de la vida, nacer y morir, se ejecutan fuera del hogar y de la familia, entre aglomeraciones de desconocidos.

Para Consuelo, tanto la asistencia obstétrica y sanitaria, como la sociedad han evolucionado negativamente desde el punto de vista humanitario porque se ha tendido a suprimir a la familia y favorecer al individuo, aunque positivamente desde el punto de vista del capital: grandes empresas, enormes ciudades, bancos asociados, poderosos capitalistas... todo a lo grande y, al servicio de lo grande, miradas de individuos, de esclavos, todos aspirando a ser como los demás, a hacer lo que todos hacen...

A pesar de todo, Consuelo sigue manteniendo un aire romántico en su pensamiento. Para ella, la pareja es el sumum de la personalidad, el individuo elevado al cuadrado, el ser perfecto con sus cualidades dobles y encaminadas a un mismo fin. Pero se refiere a una pareja estable, duradera, al ensamble de dos mitades homólogas que forman un todo mejor renunciando a algunas cosas y adquiriendo otras, amándose y ayudándose mutuamente.

Ahora, dice, no se dan las condiciones para que estas parejas se formen y subsistan y, así, sin amor ni pareja, es imposible que exista la casa, el hogar, ni tampoco partos. Quizás esta forma de reproducción se quede muy pronto obsoleta y sea sustituida «científicamente» por otra más eficaz...

Cada vez que hablo con ella dice que ya le queda poco. Así y todo, es capaz de reflexionar sobre el futuro: el futuro de la vida, el futuro de los nacimientos...

Gracias a su vejez ha llegado a la conclusión de que el futuro, afortunadamente, es siempre un enigma, que no está en nuestras manos, que no podemos más que formular deseos y organizar planes sin la menor seguridad de que puedan realizarse... hasta que nos sorprenda la muerte con muchas obras inacabadas y muchos sueños insatisfechos.

Sobre el parto, cuyo arreglo ha sido la misión de su vida, dice que el parto natural es la última etapa de una función fisiológica indolora en la que el dolor aparece por causas artificiales.

El dolor ha sido creado e institucionalizado por la ignorancia, y se mantiene porque constituye un formidable instrumento de poder.

Artículo publicado en la revista OB STARE,
El Mundo de la Maternidad
(nº 1, verano 2001) por Jesús Sanz Sánchez.

Capítulo 1

Confesiones sinceras

Me voy a morir con la sensación de haber fracasado, de haber desperdiciado mi vida, de no haber sido comprendida por mis contemporáneos. Me he esforzado en explicar lo que creo y pienso de la forma más clara y sencilla posible, pero ha sido como si hablase otra lengua, como si perteneciese a un mundo distinto.

Cuando, haciendo prácticas de obstetricia para la carrera de Practicante, tuve ocasión de presenciar partos, me quedé horrorizada, me pareció que la manera en que éste se llevaba a cabo era indigna de seres racionales. Jamás había pensado ser matrona, una profesión que estaba completamente fuera de mi ambiente, pero a la vista del parto, sentí algo así como lo que debió sentir San Pablo cuando se cayó del caballo, camino de Damasco, una especie de mandato urgente, de que lo abandonase todo y se dedicase, exclusivamente, a asistir el parto mejor, a socorrer con urgencia a aquellas pobres e ignorantes mujeres, víctimas de una injusticia social que había convertido en dolorosa, temida, denigrante e incluso, en ocasiones, vergonzosa, la función más hermosa del organismo femenino: el acto de parir.

Llevo muchos años, toda la vida, luchando porque las mujeres hagan honor a su condición de seres inteligentes, aprendiendo a parir y ser madres; porque se les reconozca, en cualquier momento y en cualquier función que realicen, su rango de personas, de seres dotados del soplo divino que distingue a los humanos de los animales.

Está fuera de toda lógica que la mujer para peor que cualquier otra hembra vivípara, que no pueda realizar por sus propios medios, por sí misma, esa importante función, a pesar de estar fisiológicamente capacitada para ello, incluso mejor que los otros vivíparos, pues está dentro de lo posible que la inteligencia supere al instinto. La mujer podría autodirigir su parto sin miedo, sin errores, sin supersticiones y sin tener que entregarse, pasivamente, en manos ajenas.

El instinto perdido puede ser reemplazado por el conocimiento, el raciocinio y la voluntad de llevar a cabo, con conocimiento de causa, una tarea para la que la mujer ha nacido suficientemente capacitada, pero que la ignorancia de lo que es un parto y la subestima del propio valor, han impedido que la mujer se hiciera cargo, conscientemente, del parto y haya consentido con pasividad que la función se haya desenfocado hasta convertirse en una grave y costosa enfermedad, en un temido y fatídico azar en la vida de la mujer.

Mucha gente ha creído, también mis propias compañeras de profesión, que soy una retrógrada añorante del pasado y que odio cerrilmente la ciencia y el progreso y predico volver al tiempo ido, a la comadrona con su maletita, con sus conocimientos empíricos sobre el parto, más prácticos que científicos, mujeres admirables, de admirable dedicación y buena voluntad, que ejercían heroicamente la profesión con la competencia feroz, sobre todo en los pueblos, de parteras aficionadas medio analfabetas y del médico rural, proclive a terminar rápidamente los partos, incluso con el bárbaro procedimiento del forceps a domicilio.

Yo debo pertenecer a otra época, acaso debí nacer siglos después, cuando las facultades anímicas del ser humano sean generalmente conocidas y tenidas en cuenta, cuando no haya barreras ni esclavitud en razón de casta, sexo, raza o posición social, cuando hombres y mujeres,

trabajadores y dirigentes, ricos y pobres sean, por igual, seres humanos con derechos y deberes comunes, cuando todos sean tratados y considerados como seres superiores por el hecho de poseer inteligencia, memoria y voluntad, cuando la categoría de una persona corresponda a sus cualidades y no al dinero que tenga, a la familia a la que pertenezca o al país en que haya nacido. Ya sé que esto parece un utopía, pero acaso lo parecieron también cosas que hoy nos parecen naturales.

Hay que reconocer que la vida ha cambiado mucho en poco tiempo. Yo ya vivía cuando era impensable que nadie, hombre o mujer, condujese su propio automóvil, tarea que estaba a cargo de especialistas, y hubiera sido tachado de loco o suicida quien se hubiera atrevido a ello. En cambio, hoy en día, cualquier hijo de vecino tiene su correspondiente carné, y conducir es cosa corriente y sin importancia. Las mujeres han invadido carreras, profesiones y puestos tradicionalmente reservados a los hombres, y a nadie le produce extrañeza este hecho; parece como si, tácticamente, se reconociera que la mujer es intelectualmente igual que el hombre y capaz de llevar a cabo las mismas actividades de forma completamente satisfactoria. Pero, paradójicamente, una tarea exclusivamente femenina que la mujer ha venido desempeñando desde la Prehistoria, es decir, el parto, a finales del s.xx, ya no se la juzga apta para ello sin ayuda de la «ciencia». A la mujer actual se le reconocen una serie de derechos pero se le niega uno que siempre fue suyo: el de dar a luz naturalmente.

Hasta hace más o menos medio siglo, se pensaba que el parto era una función normal y que una mujer sana y normalmente constituida podía dar a luz, como lo venían haciendo hasta entonces, sin más ayuda que la de otra mujer, la comadrona, una mujer que tras la debida preparación, poseía los conocimientos precisos para vigilar si el parto transcurría o no fisiológicamente, mientras la parturiente, lo único que sabía, era que tenía que doler, idea más o menos acompañada de un cúmulo de supersticiones.

Escuela de matronas

Los conocimientos obstétricos de la matrona eran más bien escasos, pero, en 1932, las Autoridades Sanitarias adecuaron la Casa de Salud de Santa Cristina como Escuela Oficial de Matronas, preocupados por la buena preparación de estas profesionales debido a la importancia social de su labor. Yo no sé si dicha escuela era la mejor de Europa porque, naturalmente, no las he visto todas, pero sí que no tenía nada que envidiar a la famosa «Port Royal» de París, y creo que su desaparición ha sido una gran pérdida para España.

En contra del calumnioso bulo que se ha hecho correr, la inmensa mayoría de las antiguas matronas, cuyo título facultativo las autoriza a asistir partos normales, según su leal saber y entender, observábamos en su asistencia una actitud expectante, dejando que el parto transcurriera normalmente, con un derroche de paciencia y con una atención completamente individualizada en cada caso, y la función se desarrollaba sin sorpresas ni tragedias.

Parto dirigido

En contra de los muchos derechos y libertades que la mujer ha adquirido recientemente, ha perdido la de parir de forma natural. Y tampoco ha adquirido algo que no tuvo nunca: la posibilidad de saber porqué duele el parto, en qué consiste, de aprender a parir para poderlo hacer conscientemente, sabiendo lo que hace, disfrutando activamente de su papel de protagonista del parto que le ha sido arrebatado sin compensación alguna.

A fines de los años sesenta, cierto doctor presentó en la Maternidad Provincial de Madrid, con el eufónico nombre de «parto dirigido» un sistema de parto sustitutivo del que la naturaleza efectuaba desde que se creó la mujer. Este parto dirigido tenía la ventaja de que se verificaba a voluntad de la persona o equipo que lo dirigiera. Mediante

drogas, maniobras e intervenciones, el parto se podía abreviar considerablemente reforzando la intensidad y la frecuencia de las contracciones y acortando y suprimiendo las pausas fisiológicas de descanso entre contracción y contracción y entre período y período; en una palabra, dirigiendo a su gusto la ancestral función que tenía el grave defecto de no tener en cuenta la rapidez de la vida moderna en la que todo se hace deprisa, a la carrera, a contrarreloj. En la segunda mitad del s.xx no era lógico que las mujeres siguieran pariendo a la misma velocidad que cuando se viajaba en diligencia. Se hacía necesario poner al día el parto, como se había hecho con tantas otras cosas. Verdaderamente, el parto natural tan parsimonioso, a veces intempestivo, tan independiente, tan poco necesitado de elementos ajenos, realizándose por sus propios medios, sin utilizar drogas, aparatos ni máquinas era un anacronismo en el complicado mundo moderno, por demasiado sencillo.

Seguramente, no hubiera costado trabajo convencer a las mujeres de lo conveniente del cambio, pero, como se vivía bajo una dictadura militar, no hubo necesidad de ello, y la sustitución del parto natural por el dirigido artificialmente se llevó a cabo al estilo castrense.

Hasta la previa «educación maternal», tenía reminiscencias de instrucción militar, pues la gimnasia a la que se sometía a las embarazadas se semejaba al adiestramiento de los quintos, y su objetivo era el mismo: lograr el grado de disciplina necesario para que los individuos se sometieran, sin hacer preguntas, sin rechistar, a cuanto se les ordenara. Aunque las palabras fueran otras, en lugar de «Un...Dos... ar... Izquierda... Derecha», a las mujeres se les decía: «Flexión... Extensión... Un... Dos... Estiren... Descansen...» pero en ambos casos, el resultado era el mismo: tanto los soldados como las embarazadas, bien instruidos, bien aleccionados, irán sumisa y disciplinadamente adonde se les ordene.

Los soldados, a un desfile o a la guerra, y las mujeres, al hospital, estén o no de parto, el día que les manden ir, sin saber, ni los unos ni las otras, las razones de las órdenes ni lo que van a hacer con ellos porque en el parto, como en la mili, quien manda, manda. Claro, que

una disciplina tan perfecta da lugar a desfiles magníficos, a que se ganen guerras y a que la mujer para en un «pis-pas», sin enterarse de nada.

Con tales procedimientos, yo creí que la cuestión del parto estaba ya definitivamente sistematizada y que la pretensión de una embarazada que clama en un anuncio porque la dejen elegir a su ginecólogo de igual forma que se le permitió elegir marido, era una voz solitaria que pedía algo absurdo porque no hay comparación posible entre el ginecólogo y el marido. Son dos personajes muy diferentes y de muy distinta categoría. Aparte de que el marido no es imprescindible, pues sin marido no sólo se puede vivir sino que incluso se puede tener hijos, una equivocación en este aspecto no tiene la menor importancia, pues para eso está el divorcio; pero el ginecólogo es mucho más importante, y un error en su elección podría acarrear consecuencias incalculables.

Desgraciadamente, pocas, poquísimas mujeres pueden disponer de su ginecólogo particular y tienen que conformarse con el MIR¹ de turno. Claro que, entre éste y la matrona, que a veces era la matrona de la familia dispuesta a asistir a la hija como asistió a la madre, la elección no es dudosa.

Las matronas

Yo ya estaba resignada a que las mujeres no parieran como había intentado que lo hicieran: con un conocimiento exacto de lo que es el parto. Al estar convencidas de que es una función natural y saber los motivos del dolor, ajenos a la función y el modo inteligente de evitarlos, el miedo al parto desaparecería automáticamente. Al cesar el temor al parto, no habría resistencia contra él, el organismo no tendría necesidad

¹MIR: Acrónimo para Médico Interno Residente. Médico en período de formación especializada o residencia hospitalaria.

de reforzar las contracciones para vencer esa resistencia, y el parto se verificaría de forma lenta y suave y, desde luego, sin dolor.

¿Qué papel le reservaba yo a la matrona en estos partos verdaderamente preparados? Nada menos que la actividad que la religión coloca entre las obras de misericordia: enseñar al que no sabe. La preparación del parto, de su fisiología, no puede llevarla a cabo, lógicamente, más que quien conozca de forma satisfactoria dicha función. Además, la matrona no debe renunciar nunca a su papel tradicional de ayuda amistosa, compartiendo con la embarazada, la parturiente, la puérpura o la madre novata, de mujer a mujer, preocupaciones, problemas y alegrías.

En una ocasión publiqué en un resumen histórico un artículo que titulé «Las matronas, una profesión ancestral basada en el amor». Hoy sigo pensando que sin amor hacia quienes se confían a nosotras es imposible ser una buena matrona...

Con la hospitalización forzosa de la mujer y la imposición de métodos artificiales para parir sobre los que no existe la mínima probabilidad de elección, ni siquiera información, la sumisión de la matrona al método es semejante a la de la mujer. Ni con el pensamiento se permitiría discrepar de la utilización rutinaria de drogas, maniobras, intervenciones, etc. El cometido de la matrona en el hospital es el de una máquina que ignora para qué sirve el trabajo que ejecuta; obedece órdenes y ¡punto! Es un ser inferior con un diploma elemental que no la capacita para discernir por sí misma, la asistencia que debe prestar a la parturiente, otro ser inferior: otro pedazo de carne con ojos que no osará jamás pedir explicaciones sobre lo que hacen con ella.

Acaso se piensa que esta sumisión ciega será garantía de que, si ocurriera una tragedia, la comadrona se libraría de la culpa, ya que no hizo más que cumplir órdenes, pero esta posibilidad es indigna de ser tomada en cuenta por una profesional que debe saber que las distocias primitivas² son reconocibles durante el embarazo o al inicio del parto, y que las que se presentan en el transcurso del mismo no ocurren «porque sí» sino que siempre tienen un motivo evitable. En base a sus conocimientos obstétricos, la matrona debe sentirse segura de que en un parto

correctamente asistido nunca hay sorpresas, y que las distocias se pueden prevenir o, por lo menos, conocerlas de antemano.

El parto, como todo en la vida, tiene dos aspectos, uno físico y otro psicológico o espiritual. Asistir un parto ateniéndose solamente a la parte física, sin la parte emocional que lo acompaña, tanto por parte de la mujer como por parte de la matrona, no vale la pena. Es una función mecánica, semejante a la defecación. Tampoco puede suscitar emoción alguna un vientre abierto del cual se extrae un ser humano, exactamente como se haría con un tumor o un apéndice. Yo no he experimentado jamás emoción alguna en las escasísimas cesáreas que he instrumentado a lo largo de mi carrera profesional, pero sí que me saltaban las lágrimas de alegría ante la mirada del recién nacido o cuando se lo entregaba, con el cordón aún sin cortar, a su madre. Acaso el llanto de emoción de la mujer se nos contagiaba al marido y a mí.

He ganado muy poco dinero con los partos, escasamente lo necesario para vivir pobremente, pero hubiera dado todos los tesoros del mundo por poder participar de la alegría de la mujer que paría «queriéndose enterar» de lo que era tener un hijo.

¿No creéis que hay que recuperar el lado generoso y positivo del parto clásico, asistido únicamente por la matrona, en casos eutócicos³, reviviendo los lazos de amistad que se creaban entre la mujer y nosotras? ¿No creéis que deberían volver los tiempos, de siglos, de milenios, en los que la matrona era parte importante de la sociedad y participaba en la vida de las familias? Yo tuve la dicha de alcanzar los últimos años de tal situación, cuando la llegada de la matrona a la casa

²El término distocia se emplea cuando el parto o alumbramiento procede de manera anormal o difícil. Puede ser el resultado de contracciones uterinas incoordinadas, de una posición anormal del feto o de una desproporción cefalopélvica relativa o absoluta. La expresión «distocia primitiva» se refiere a una anomalía o dificultad funcional durante el parto o alumbramiento.

³Casos normales.

era siempre acogida con optimismo y esperanza, cuando una se sentía querida y respetada por aquellas gentes que confiaban en ti, en tu ayuda, en tus cuidados, seguros de que no pasaría nada malo.

¿Cuál es el papel actual de la matrona en el parto? ¿El de un monaguillo que cumple órdenes esotéricas del sacerdote/médico/brujo que mediante misteriosos ritos pone en marcha el parto artificial en el momento deseado, que lo termina rápidamente y a su gusto, sin intervención consciente de la mujer/materia que no se entera de nada?

¿O es un robot acoplado a una formidable y complicada máquina de hacer partos, el multiprofesional «equipo tocológico» que, semejante a una orquesta sinfónica, ejecuta el parto, prescindiendo de la obsoleta marcha fisiológica del mismo. Todo bajo la eminente batuta del ginecólogo, especialista en enfermedades femeninas.

Tampoco la matrona se entera de nada en el parto. Esta tarea se encomienda a la máquina que, por lo visto, supera a la mujer en inteligencia y es mucho más fiable. La matrona/robot únicamente obedece. Ya se guardará muy bien ni siquiera de inquirir el objeto de las órdenes que recibe; la sumisión y disciplina deben ser absolutas.

Quien dirige el parto no da explicaciones a la parturiente ni a la familia de ésta ni mucho menos se las dará a la matrona, que es el «último mono» del numeroso equipo tocológico.

Desde luego, ninguna matrona moderna puede aspirar a la recompensa moral con que las mujeres y su familia premiaban nuestros desvelos. Actualmente, para la mujer y su familia, la matrona es un robot, un ser anónimo sin nombre ni rostro conocido; en el escaso tiempo que dura el parto no la trataron apenas, no tuvieron ocasión de fijarse si era rubia o morena, joven o vieja, fue una de las figuras desdibujadas que pululaban, manejando aparatos e instrumentos, alrededor de la cama de la mujer, ni siquiera se enteraron de cuál era su misión en el hospital y quizás se sintieron incómodos si fue una matrona quien asistió el parto dolidos de que el doctor no lo hubiera hecho personalmente, como era debido, y hubiera delegado en una empleada de categoría inferior.

Me conmovió el hecho de que las matronas organizadoras de un reciente congreso lo hubieran calificado como el de la «cariño-terapia», reconociendo que la mujer de parto necesita cariño, algo que las matronas clásicas suministrábamos siempre a manos llenas. Claro que entonces esto era muy fácil: no había que someterse a órdenes que difícilmente pueden ser ejecutadas cariñosamente en un ser de sensibilidad como la propia, podíamos asistir el parto como quisiéramos, como nuestra conciencia nos aconsejara y, generalmente, nos absteníamos de drogas y maniobras que pudieran, aunque fuera muy lejanamente, perjudicar al niño, a la mujer o al normal desarrollo del parto. Aunque nada más hubiera la sospecha de posibles secuelas de cualquier acción, no la llevábamos a cabo. Por ejemplo, la episiotomía⁴, que hoy se practica de manera rutinaria, haga falta o no; las matronas antiguas lo pensábamos mucho y luego no la hacíamos a menos que no fuera absolutamente precisa, en cuyo caso nos contentábamos con un solo piquete y no las amplísimas episiotomías actuales que tardan mucho en cerrar y suelen ser dolorosas, molestas y, en opinión de las púerperas, «lo peor del parto».

En cambio, aprovechábamos las pausas entre contracción y contracción y entre fase y fase para charlar con la mujer de otras cosas, como dos amigas o dos hermanas: del nombre que iban a poner al niño, de si preferían que fuera niño o niña, de la ropita que habían confeccionado o comprado... Se hablaba del niño/a, dando por sentado que el parto iba a ser un éxito y cómo afrontar el único fracaso posible: que el sexo del neonato no fuese el deseado.

Era una buena profesión la de matrona, y se podían dar por bien empleadas las noches sin dormir, de no poder disponer con seguridad del tiempo libre y las caminatas, con frío o calor, para ir a visitar

⁴Incisión quirúrgica que se practica en el periné femenino durante la fase del expulsivo del parto para ampliar la abertura del canal y apresurar la salida del feto. Se realiza con tijeras o bisturí y requiere sutura (más información: www.episiotomia.info).

cada día a la puérpara para asegurarnos de la normalidad del puerperio y pasar a ser confidente e instructora en la primera semana de su maternidad, con las mamás noveles que, en la mayoría de los casos, no saben resolver las situaciones por su natural inexperiencia.

Todos los inconvenientes de ser matrona eran una minucia comparado con la felicidad de poder disponer, al menos por unos días, de la amistad de otra mujer, dispuesta a compartir su maternidad contigo y, encima, agradecerlo, como si fueras tú quien hacía el favor.